

Acompañóle así, silencioso y mudo, hasta el confín de los por allí mermados territorios del rey moro, y volvióse irritado y sombrío, habiendo prometido á Nuñez de Lara estar allí cuando la media noche fuese por filo para llevarle á la presencia de su hermosísima enamorada.

CAPITULO VIII.

**De cómo el Cid salvaba las dificultades,
y de cómo sabia ser rey sin dejar de ser
vasallo.**

Llegó Nuñez de Lara á Alcalá á punto que caian las sombras.

Ya en el real cristiano habia habido un gran tumulto y alboroto en honor suyo.

Los traginantes á quienes habia entregado los caballos, las armas y las acémilas, los cuatro moros y las cuatro cabezas, los habian presentado al Cid, y éste habia hecho presentacion de aquellos trofeos al rey y á la reina.

Complacióse Alfonso VI.

Extremecióse doña Constanza de Borgoña, que así se llamaba la reina.

Cundió la noticia por el real, y todos fueron á una para elogiar la hazaña de Pero Nuñez de Lara.

No quedó dama del séquito de la reina á la cual no se la ardiese el corazon en amores y no desease llegar á ser la velada de un tan grande caballero.

Pero como no se sabia nada de Pero Nuñez de Lara, de quien los viandantes que habian llevado su presa habian dicho que habia vuelto á meterse en tierras de moros, no faltaron caballeros que propusieron el ir á buscarle para socorrerle si en algun aprieto se veia, ó libertarle si estaba preso, ó vengarle si habia muerto.

A lo que el Cid dijo:

—Que primeramente nadie debia inmiscuirse en los negocios de los demás; que cada cual podia hacer de su capa un sayo; que aquel á quien Dios se la diera San Pedro se la bendijese; que si Don Pero Nuñez habia sido cautivo ó preso ó si se veia en algun mal trance con su pan se lo comiese, que él se lo habia buscado, y que no habia de consentirse que se cumpliese aquel adagio de que un loco hace ciento; que si todos los caballeros del real daban en la flor de marcharse á su gusto cómo y cuando les viniese en mientes solos y sin gobierno, no habia para qué caudillo

que los ordenase y al combate provechosamente los llevase, para mayor gloria de Dios y servicio del rey y de la pátria, y finalmente, que no embargante la gloria que por su extraordinario valor habia alcanzado Don Pero Nuñez de Lara, él, como su general, habia de castigarle duramente cuando tornase, para que escarmentase y no volviese á dar mal ejemplo á la hueste ni á sacar á nadie de sus casillas con sus locuras.

Y añadió con el semblante hosco y grave:

—Y tened en cuenta, señores caballeros y buenos hermanos que me escuchais, que ó pierdo yo el nombre de Rodrigo Diaz y la alcurnia de donde vengo, y todo lo que he hecho por Dios, por el rey ó por la pátria, ó ante vosotros, á cualquiera otro de la hueste que fuera de los reales se me saliere dos pasos sin mi licencia, si es caballero, la orden de caballería le quito y le descabezo, y si villano, hago que le den un trato de cuerda hasta que reviente, y que despues le cuelguen, y esto está dicho y no se hable más en ello.

Sonrugieron todo lo que quisieron los caballeros y los simples hidalgos y aún los soldados menudos que la airada arenga del Cid habian escuchado, cuando éste hubo vuelto las espaldas.

Pero la verdad fué que á todos les hizo hoyo lo que el Cid habia dicho de degollar ó enfor-car á cualquiera de los de los reales que dos pasos más allá de los reales diese sin licencia suya, y todos envidiaron á Pero Nuñez de Lara, con el cual, á causa de la tremenda prohibicion del Cid, no podian ponerse en competencia.

Cuando llegó Pero Nuñez de Lara en calzas y jubon, sin espuelas, descubierta la cabeza, sin más armas que la espada y el hacha sobre el corcel, maltratado, con sus bardas y paramentos de guerra, no supieron cómo explicarse aquello, porque si Don Pero Nuñez habia perdido el ar-nés, la lanza y el escudo, ¿cómo no habia perdido su caballo y conservaba este sus jaeces de guer-ra?

Rodeáronle todos, y todos le preguntaron, pero Don Pero Nuñez no pudo decir una palabra, por que al punto en que iba á responder echósele encima el alcaide de los escuderos del Cid, que hemos visto con el gobierno de la fortaleza de Alfagor ó de la Mujer Muerta, y de parte del Cid le dijo que él venia á prenderle.

Y preso se lo llevó á la posada del Cid que empezó por tenderle los brazos y estrecharle en ellos, y por besarle en las mejillas honrándole por su valor.

Y separándole luego de sí le dijo ceremonio-samente:

—No os ha dado Dios el alma, ni vuestro pa-dre el sér, ni pátria Castilla, ni el rey la órden de caballería que os enaltece, para que dispen-gais vos de vos á vuestro buen placer para va-nidosas temeridades y aventuras descabelladas, que están bien allá en la historia fabulosa de los doce pares de Francia; y vive Dios que yo no me tengo por ménos que ninguno de los doce ni aún que ninguno de los nacidos, y no me atreveria ni aun á soñar hacer lo que el embus-tero Turpin dice, que bastante es con que un hombre haga todo lo que en el poder humano se contiene, sin pasar á lo maravilloso ni á lo imposible; que no nadará por los abismos del mar el cuervo, ni volará el delfin por las azules regiones del aire, ni andará el generoso caballo por los agujeros de la tierra, ni la culebra se mostrará en batalla embardada de guerra. Que cada cual se esté donde Dios le puso y á ello se atenga, y no pretenda volar sin alas, que de co-sas como las que habeis hecho hoy, se sale bien una vez por milagro, y cosa es de locos meterse en los peligros ciertos de los cuales no hay es-peranza de salir sino mediante un milagro de Dios; que medirse con un hombre ó dos ó tres ó

cuatro y hasta con quince, cabalgando y bien armados, ya hay quien lo ha hecho y no está léjos: pero decidme vos valiente sin reflexion que sois, ¿qué hubiérais vos hecho si se os hubiera echado encima toda una gran morisma? ¿ni qué cosa hubiérais rescatado, ni á quién hubiérais servido, ni qué honor hubiérais alcanzado muriendo por temerario?

—Pues mi palabra, he dado, señor,—contestó Pero Nuñez de Lara,—de volver allí de donde he venido, y he de volver ó vuestra merced ha de atarme, que tal no lo creo; porque vuestra merced no querrá empañar mi honor y que digan por allá que si como temerario fuí, como cobarde no vuelvo; y tuviera esto remedio si no hubiera pasado de propósito; y sabido el propósito mio por vuestra merced, me hubiera reprendido y sujetádome; que entonces no habia prenda empeñada ni estaria mi honra en pública plaza delante de enemigos: y así, yo ruego á vuestra merced, que sea lo que fuere lo que pueda acontecerme, tornar me deje allí donde he prometido volver hoy mismo cuando la media sea por filo.

—En verdad, en verdad,—dijo el Cid algo perturbado por el razonamiento de D. Pero Nuñez,—que no hay para qué dar ocasion á que

esos perros digan que un caballero cristiano no vuelve á cumplir la palabra que ha dado; que esto vendria en desdoro de todos nosotros, y no puedo yo querer nada que en des'oro del clarísimo nombre del honor castellano sea. Pero decidme, D. Pero Nuñez, ¿no es acaso que os han cautivado, cosa que no se me hace difícil, sino que la tengo por muy probable, y bajo vuestra palabra os han dejado que salierais, con el bien entendido de que volvais á poner os en prisiones? Qué viendo estoy que sin arnés venís y con la cabeza descubierta, magüer que veo que espada y hacha traeis al cinto. Explicadme esto, que no lo entiendo bien y perdonad os ruegue que no me engañeis, que en lo que toca al honor castellano soy yo de añejo, tieso y quebradizo.

—Mentiria yo si á vuestra merced dijese que no he sido cautivado, y tan cautivo soy que no espero verme libre en todos los dias de mi vida antes bien, creo que aun despues de mi muerte; y en el otro mundo, he de permanecer cautivo, y en tal manera, que aunque rico soy, no hay hacienda que valga para mi rescate, ni aun todos los tesoros de todos los reyes del mundo á rescatarme bastarian.

—Sutil andais y en revesado; Don Pero Nu-

ñez,—replicó el Cid,—y á mí me gusta ver las cosas de claro en claro. Dejemos, pues, turbiedades, y decidme si de tal manera habeis empeñado vuestra palabra, que para vos no sea posible rescate.

—No la palabra he empeñado, sino el corazon, señor,—contestó Pero Nuñez,—que del amor soy cautivo y no pudiera serlo de otro, porque toda la morisma junta podria matarme, pero no cautivarme. Y para que mejor vuestra merced me entienda, voy á contarle mis sucesos.

Asentóse el Cid en su gran silla de baqueta.

Hizo sentar en un escabel á Don Pero Nuñez y le oyó atentamente:

—En fin,—dijo cuando Don Pero Nuñez hubo concluido;—empezado habeis el queso y de tal manera, que no hay más remedio que acabeis de coméroslo, y allá vos con vuestros negocios, y si en ellos pereciéreis no culpeis á nadie; habeis de volver, puesto que lo prometísteis, que no quiero yo que se diga que los que van bajo el estandarte del rey mi señor, y bajo mi conducta, de cobardes no cumplen lo que prometen; pero esto ha de ser sin escándalo y sin que lo sienta la tierra, que ya á los que picados por vuestro mal ejemplo querian imitaros, he reprendido y ame-

nazado; y mis amenazas y mis reprensiones han de mantenerse ó no he de ser yo quien soy. De aquí vais á ir en son de castigo, á una torre del muro, no embargante lo cual, cuando la media noche llegue, iré yo secretamente á buscaros con un caballo, y secretamente por un postigo de la torre os sacaré y partirémos; que yo no quiero que el honor de Castilla se empañe porque vos falteis; ni porque con vos vaya, un vuestro hermano de armas, que no es menester que esa canalla sepa quien yo soy, han de decir que vos teneis miedo y os haceis acompañar; que la compañía de uno solo no es cosa que de provecho sea, cuando el peligro es de cientos ó de miles, y vos direis que yo soy vuestro deudo, y que habiendo sabido el cuento de vuestros amores, conocer la dama que os ha enamorado he querido, y compóngase esto así y no sea de otra manera.

—Si yo no amara y estimara á vuestra merced, señor, como deben amarse y estimarse el heroismo y la virtud, la merced que acabais de hacerme, acabaria de obligarme.

—No se hable más en esto,—dijo el Cid,—y á la torre donde os prendo os vais, que en siendo la media noche yo iré á cumpliros lo que os he prometido.

Y estando en esto llegó un paje de la reina

con una carta y besó al Cid las manos, y el Cid halló que la carta decía lo siguiente:

“Al noble Ruy Diaz de Vivar, nuestro vasallo.

“Tengo entendido que en esta hora en vuestra posada se halla el doncel de mi muy noble y querido esposo y señor el rey, y ganosa de verle y premiarle por la hazaña que hoy ha llevado á cima, mándoos me lo enviéis sin tardanza.

LA REINA.”

Fuese el Cid á la mesa, y con una letra gorda y no muy clara, escribió lo siguiente:

“A la muy noble, temida y poderosa señora mia, la reina.

“Don Pero Nuñez de Lara, que me pedís, á vuestra señoría envió. Hónrele vuestra señoría cuánto su real agrado fuere, pero vuélvamelo á enviar para que yo le meta preso, que ya así lo he mandado, y lo que yo mando ha de cumplirse, porque es justicia, y no espero ni temo yo que una tan ilustre reina como vuestra señoría á la justicia se oponga; que si otra cosa yo creyera no seria su vasallo; antes por el fuero de los hijosdalgos me desnaturalizaria y me iria á servir á otro señor, ó tal vez á nadie, sino al Dios

de los cielos, que no falta ni puede faltar á la justicia. Y con esto y besando afinojado las manos á vuestra señoría, la acato y me confieso su humilde y leal vasallo:

EL CID.

Despues de esta imposicion, que á pesar de las salvedades hacia al Cid más rey que el rey, allá envió al paje con la carta y con el paje á D. Pero Nuñez de Lara.

Pero porque éste no se presentase de aquella manera, dió á Pero Nuñez un sayo y una caperuza de grama, y recomendándole tornase cuanto antes para ser puesto en prision, dejóle ir.